

Shruti Swamy

Placeres terrenales

Publicado originalmente en 2020

Traducción de Pablo Ingberg



Posdata

1. Ya elegiste tu postal de viaje. Ahora observá, leé, pensá. Abrite a la experiencia.
2. Dejá tu posdata en la última solapa del libro. Es tu espacio, sos libre de usarlo como quieras.
3. Por último, recortá la solapa por el troquel. Podés llevarla en la billetera, pegarla en la heladera, prenderla fuego en un altarcito o regalársela a alguien especial. ¡El cielo es el límite!

Recomendación

“Placeres terrenales” es el quinto cuento de la colección de Shruti Swamy titulada *Una casa es un cuerpo*. Es un relato maravilloso, escrito con elegancia y perfección, un tanto extraño, si se quiere, y con un alto contenido simbólico.

Para comprender mejor el contexto en el que se inscribe, ayuda saber que la autora, nacida en Estados Unidos, es hija de inmigrantes indios. Esto hace que el choque de las distintas culturas se ponga en juego dentro del relato, un relato en el que no pareciera haber un núcleo preciso. Obliga, en cambio, a tirar de los distintos hilos narrativos que lo integran para descubrir un abanico de personajes y situaciones que están fuera de lugar. Dislocados.

La protagonista y narradora de la historia, Radika, conoce a Krishna en una fiesta a la que acude porque la invita una amiga de una amiga. Ella va con el único vestido que tiene, negro y un tanto raído. Cuando se ven por primera vez, ella se queda sin aire: “yo era una campana y él me había tocado. Jamás sentí la mirada de otra persona como una fuerza física”.

Pronto descubriremos a Radika, un personaje sumido en una inmensa tristeza y soledad. Tal vez por eso elige como sostén de su relato a Krishna, divinidad hindú que representa el goce, el amor, la sabiduría y el juego. Los diálogos entre ellos son de una genialidad inusitada. Hay entre ambos una atracción en la que se buscan para no encontrarse. Como puede, ella sale, se divierte, pinta cuadros que nadie puede ver, tiene una beca a punto de vencer, y no parece preocuparse demasiado. Cuando medita sobre el color azul es hipnótica. En ella se

siente constantemente la falta de pertenencia, como si se preguntara a menudo, *¿Qué hago acá?*

Este es un cuento que deja al lector/a con resaca, una resaca similar a la que sufre Radika, bebedora desde los trece años, y que recurre al alcohol en varias oportunidades a lo largo de la historia. Tanto que, los límites, de por sí difusos, se borronean por momentos al punto del delirio. Hay en ella una constante búsqueda de equilibrio que todo el tiempo la desestabiliza. Su naturaleza es tan escurridiza como lo es el desenlace del cuento.

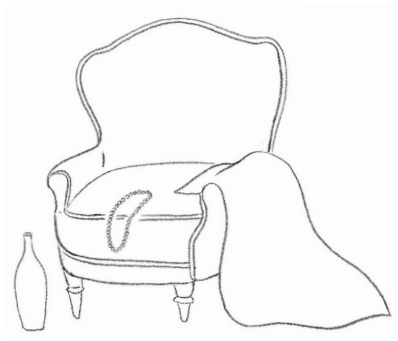
Swamy exige a los lectores cierta atención. En sus cuentos, las pausas pueden indicar un cambio drástico de circunstancias que apenas se habían insinuado antes como presagios o temores de los personajes.

Intuyo que lo mejor que tiene *Placeres terrenales*, ahora editada individualmente, es lo que deja después de la lectura, esa especie de

resaca o intoxicación de la que hablaba antes. Sumemos a esto la distinguida pluma de la autora. Es una historia que abre puertas, ideal para pensar, debatir y, por qué no, para dejar tu “posdata” en una colección minimalista que no puede ser más bella.

Fernando Duarte
Librero de Cúspide Terrazas de Mayo

Placeres terrenales



Conocí a Krishna en una fiesta. Es difícil creer que me hayan invitado a un lugar tan glamoroso. Pero en aquellos tiempos tenía una amiga que tenía una amiga a la que la invitaban a esas cosas, y de vez en cuando me pedía que la acompañara. Yo tenía un solo vestido para ponerme todas las veces y unos zapatitos de terciopelo. Era joven y pobre, y a menudo sentía una especie de agradable anhelo de riqueza que sabía no se haría nunca realidad. Iba caminando hasta el centro y miraba con la misma hambre las delicadas sedas que cubrían los maniqués de las vidrieras y a las mujeres de elegante osamenta que las llevaban puestas en su carne viviente y se pintaban la boca en forma de rojos corazones y los ojos en forma de cuchillos o agujeros negros donde poner el de-

seo. Esas mujeres también estaban en la fiesta donde conocí a Krishna.

En el mito, tenía piel azul, y en la vida, también tenía piel azul. Había visto fotos de él en revistas de celebridades, pero no era fotogénico y muchas veces sostenía algo con lo que se cubría la cara. Su piel en esas fotos era a veces de un extraño negro azulado y otras veces de un matiz más pálido, un cielo de las cinco y media en verano, cuando el sol empezaba a pensar en ponerse. En exteriores siempre llevaba puestos anteojos de sol, de modo que la gente no podía verle nunca los ojos. Yo había mirado muchas veces esas fotos desde niña, y compraba las revistas nada más que para seguir mirándolo. Había en él algo feo que se me imponía. Feo, o lastimado, o una especie de anhelo que parecía difícil de articular. No era que sintiese pena por él, más bien podía imaginarme manteniendo con él una conversación. Sentía que él podía percibir en mí algo

secreto; su mirada, filtrada por los anteojos de sol, el libro o la chaqueta que sostenía en alto para bloquear su cara, parecían sin embargo tangibles y me llamaban. Sentía que debía de estar imaginándome esa conexión, pero no pretendía mentir. Para mí, allí estaba.

El departamento era tan grande que era una sorpresa que estuviera en una ciudad; daba la sensación de ser la mansión campestre de alguien. Los colores estaban amortiguados. La gente relucía allí, hablando en voz baja con tragos en la mano. Yo, la amiga de la amiga y la amiga entregamos nuestros abrigos. No sentía ninguna vergüenza por mi vestido, que era negro, comprado de segunda mano, de modo que estaba un poco raído: le había cambiado un botón perdido en la cintura por un pequeño imperdible de bronce. Estaba perversamente orgullosa de mi vestido y mis manos grandes de campesina con las uñas sin pintar. Me agarré un trago de una bandeja y miré por la

ventana, donde la ciudad espejeaba como si la hubieran adquirido para ese preciso fin. Luego paseé la vista por toda la habitación y vi a Krishna. No tenía puestos anteojos de sol. Cuando levantó la vista hacia mí, por un momento sentí que me faltaba el aire: yo era una campana y él me había tocado. Jamás sentí la mirada de otra persona como una fuerza física. Nos preguntamos: ¿era un dios? Sus ojos brillantes no revelaban nada. Él era más brillante de lo que me esperaba, azul como el cuello de un pavo real. De traje sencillo, camisa blanca, chaqueta azul marino y sin corbata. Llevaba el pelo oscuro largo atado en la coronilla.

Francamente, estaba rodeado. La fiesta entera giraba a su alrededor, como sin saberlo. Hasta la gente de los bordes externos volvía inconscientemente el cuerpo en su dirección. La amiga de la amiga le susurró a la amiga:

—No pensé que fuera a estar aquí.

—¿Lo conoces?